

EL AÑO DE LA MUERTE DE ÁNGEL RAMA*

POR

LILIANA WEINBERG
UNAM

...quién estará pensando ahora lo que yo pienso...,
quién estará sintiendo lo que siento..., quién se sirve de
mí para pensar y sentir, y, de tantos innumerables que
en mí viven, yo soy cuál, quién.... Quién soy yo que los
otros no sean, o hayan sido o sean alguna vez.

José Saramago, *El año de la muerte de Ricardo Reis*

1983, el año de la muerte de Ángel Rama en una década particularmente sombría de la historia de América Latina, no nos privó a pesar de todo de su legado como creador, lector, intelectual, editor, crítico literario y cultural, historiador, sociólogo, editor, impulsor de encuentros y proyectos académicos y extraacadémicos, maestro, orador, conversador. La figura de Rama sigue actuante en todos esos ámbitos de América Latina donde él es y nosotros somos, y es referencia obligada cuando se trata de emprender empresas culturales de largo aliento, celebrar a través de la lectura sensible e inteligente la aparición de grandes libros o sentar las bases para la consolidación de una línea original de teoría y crítica literaria latinoamericana que tiene en él a uno de sus principales hacedores e interlocutores.

Hoy nos quedan, aunque todavía dispersas, las principales obras de Rama y diversos testimonios de su quehacer, cuya recuperación se ha ido incrementando a lo largo de estos veinte años y cuya valoración crítica encuentra por primera vez cauces fundamentales para su comprensión y estudio comparativo. Esta recuperación comenzó poco después de su desaparición, con la publicación de obras inéditas como *La ciudad letrada*¹ y el volumen

* Una primera versión de este trabajo, que lleva por título "1983", fue leída en el "Homenaje 1983-2003: Ibarquengoitia, Rama, Scorza y Traba", el día 17 de noviembre de 2003, en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.

¹La edición póstuma de *La ciudad letrada* reviste particular interés además por las dos presentaciones preliminares que la acompañan: la de Mario Vargas Llosa y la de Hugo Achúgar, cuyas respectivas valoraciones de la obra de Rama abren la lectura del texto a dos umbrales diferentes y hasta cierto punto complementarios. El primero pone particular énfasis en el Rama lector y creador, en su sensibilidad y capacidad para la lectura sensible de los textos, en su perspicacia para reconocer la especificidad de la obra artística y abrirse a la experiencia estética, a la vez que en su pertenencia a la mejor tradición de crítica latinoamericana de la cultura, inaugurada por Pedro Henríquez Ureña.

homenaje de Ayacucho, empresa editorial por él mismo fundada en Caracas,² y no concluye todavía, puesto que hace poco salió a la luz su diario.³

Pero además de la recuperación de textos de su autoría, contamos hoy con un invaluable caudal de elementos de apoyo, como el que nos ofrece la colección dirigida por Mabel Moraña, y que incluye, además de valiosos estudios críticos, entrevistas y testimonios de autopercepción intelectual de los autores a ellos dedicados.⁴ Todo esto nos pone en mucho mejores condiciones para emprender la reconstrucción de los aportes y abordar de manera comparativa los *espacios de intelección* fundados, explorados o sugeridos por Rama, Candido, Cornejo Polar, Losada, Sarlo y muchos otros de nuestros más grandes críticos, de manera tal que se pueda repensar sus ideas a la luz de un diálogo imaginario, un entramado, que nos permitirá colocar sus aportes dentro de una tradición más amplia.⁵

En los últimos años se ha logrado recuperar además mucho material básico para emprender un mapeo de la tradición crítica en América Latina, en un trabajo que consideramos cada vez más necesario. Pensemos, para sólo tomar algunos ejemplos, en la aparición de nuevas ediciones, compilaciones y traducciones de la obra de nuestros autores,⁶ valiosos estudios comprensivos como los tomos que Biblioteca Ayacucho dedica a la crítica literaria latinoamericana,⁷ diccionarios,⁸ nuevas historias críticas de la

Por su parte, Achúgar enfatiza las contribuciones de Rama a la teoría y crítica literaria latinoamericanas, el carácter altamente político y comprometido de su obra, de tal modo que puede a su vez establecerse un contrapunto entre ambos textos, cuyo trasfondo es, una vez más, la gran pregunta por la posibilidad de hablar de una literatura latinoamericana y una crítica con rasgos peculiares, en un momento de fuerte tensión entre los defensores de la especificidad de la experiencia literaria y los defensores de la idea de emprender estudios históricos, culturales y sociológicos de las obras: una polémica particularmente significativa en la década de los años setenta y ochenta.

² Ángel Rama, *La crítica de la cultura en América Latina*, selección y prólogos de Saúl Sosnowski y Tomás Eloy Martínez, cronología y bibliografía de la Fundación Internacional Ángel Rama (*Biblioteca Ayacucho*, 119). Entre los muchos textos que incluye esta antología de la obra de Rama, contamos, por ejemplo, con uno de particular interés para nosotros: “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”, sobre el que volveremos más adelante.

³ En el transcurso de las reuniones del “Homenaje” arriba mencionado, asistimos a la conferencia magistral que Mabel Moraña dedica precisamente a este texto: “Subjetividad y campo intelectual en el *Diario* de Ángel Rama”.

⁴ Se trata de la serie *Críticas*, preparada por el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Pittsburgh.

⁵ Para el concepto de tradición véase también D’Allemand y Perus.

⁶ Pienso por ejemplo, además de la recuperación de la obra de Rama, en la mayor difusión de la obra de Candido –uno de sus mayores interlocutores– sobre el que en poco tiempo han aparecido en México tres libros: *Ensayos y comentarios*, trad. Rodolfo Mata Sandoval y María Teresa Celada; *Estruendo y liberación, ensayos críticos*, editado por Jorge Ruedas de la Serna y Antonio Arnoni Prado; *História e literatura: homenagem a Antonio Candido*.

⁷ Saúl Sosnowski, selección, prólogo y notas, *Lectura crítica de la literatura latinoamericana*.

⁸ José Ramón Medina, director general, *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina (DELAL)*.

literatura latinoamericana⁹ y valoraciones múltiples de la obra de muchos autores, como las ya mencionadas.

La creciente recuperación de la obra de nuestros grandes críticos a través de la publicación, traducción y balance de nuevos materiales, permite por primera vez avanzar en la reconstrucción de estos modelos de interlocución y en un primer mapeo de ese espacio simbólico de discusión, decisivo en cuanto se hallaba en condiciones de fraguar un modelo interpretativo de enorme valor.

Todos estos documentos nos muestran que había ya madurado una propuesta crítica de interpretación de la literatura latinoamericana a la luz de la historia, la cultura y la sociedad, capaz de respetar la especificidad y la riqueza de las obras a la vez que de proponer novedosas vías de análisis que permitieran ver de manera renovada la relación entre el mundo del texto y el texto en el mundo. Muestran también que Rama se encontraba en condiciones óptimas de interlocución activa con otras grandes figuras de la creación y la crítica (Candido, Losada, Sarlo), además de su lectura y recuperación de la obra de clásicos latinoamericanos (Mariátegui, Reyes, Henríquez Ureña, Picón-Salas) y de otras regiones como Lévi-Strauss, Bajtin, Foucault, Della Volpe, Bourdieu, Benjamin, y que por esos años Rama se encontraba también en condiciones de ofrecer una síntesis original que quedó anunciada en muchos de sus textos pero que el accidente dejó abortada.

De allí que consideremos necesario recordar aquí las palabras de Antonio Candido, quien, además de referirse a la fuerza sugerente de los estudios de Rama, cada vez más correctos y precisos, a su capacidad de penetración y a su espíritu integrador, dice:

La muerte lo sorprendió en una etapa de madurez y progreso que lo hubiera llevado a nuevos trabajos y a conclusiones de máxima importancia. Por eso, suelo decir que Rama fue uno de esos pocos hombres que consideramos irremplazables porque, sin ellos, las cosas ya no se harán del mismo modo. ("La mirada..." 288)

El año de la muerte de Ángel Rama es también el año en que Ronald Reagan anuncia el comienzo de la ofensiva estratégica que llamará "la guerra de las galaxias", mientras que en el Cono Sur se acelera la descomposición de las dictaduras y comienzan los procesos que desembocarán en un llamado a elecciones. Forzado por la situación creada por el Servicio de Inmigración de los Estados Unidos, Rama, quien acababa de ganar una beca Guggenheim para el estudio de la "Historia de la cultura latinoamericana: 1810-1900", debe abandonar su trabajo en la Universidad de Maryland, acusado de comunista por el gobierno de Reagan.

La obra editada por Sosnowski nos ofrece un pormenorizado seguimiento de los últimos meses de la vida de nuestro crítico. Sale de los Estados Unidos el 20 de febrero para buscar una nueva residencia definitiva en París. Se establece cerca de la Biblioteca Nacional, para continuar sus investigaciones sobre las configuraciones culturales correspondientes a la modernización del último tercio del siglo XIX. Es invitado por la Universidad de Bonn al homenaje del historiador peruano Jorge Basadre. También se lo

⁹ Véase, por ejemplo, José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Hay además interesantes propuestas de reinterpretación de la literatura de distintas naciones de América Latina, como la encabezada por Noé Jitrik para la literatura argentina.

invita a participar, en París, en un coloquio sobre “Literatura y pensamientos contemporáneos en América Latina y el Caribe”. Siguiendo con un ritmo afiebrado y descomunal de trabajo, viaja en julio a Caracas para participar en el Primer Congreso sobre Pensamiento Político Latinoamericano, con una ponencia sobre “Vigencia del pensamiento de Simón Rodríguez” y se le otorga, por parte de la Universidad de San Marcos de Lima, el título de profesor *Honoris Causa*. En esa ocasión leerá un discurso sobre la obra de José María Arguedas, a quien considera un representante fundamental del cruce entre los procesos de modernización literaria y la transculturación narrativa en América Latina.¹⁰ En julio de 1983 concede a Jesús Díaz Caballero, también en Lima, la que se convertiría en una de sus últimas entrevistas extensas, y un balance de impar valor de sus posiciones estéticas e ideológicas.¹¹ En septiembre viaja a Campinas y a México para asistir a la reunión anual de la LASA (Latin American Studies Association) y a Caracas para participar en el Congreso Internacional del Pen Club, donde junto con Claude Cauffon organiza una mesa redonda sobre “La literatura latinoamericana como encrucijada del viejo y nuevo mundo”. Comienza a organizar para Biblioteca Ayacucho una nueva colección popular, “Textos claves de América Latina”, “para uso de los estudiantes del continente”. En noviembre asiste en Madrid a las “Segundas Jornadas de Sociología de la Literatura”. Se publica su texto “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”, como prólogo a un libro del Círculo de Lectores. El 26 de noviembre, cuando se dirigía a Bogotá con su esposa Marta Traba para participar en el “Primer encuentro de la Cultura Hispanoamericana”, al que había sido invitado por el presidente de Colombia, se accidenta su aviación y muere en Mejorada del Campo, España.

Si he querido hacer un recuento de este, insisto, descomunal despliegue de actividades durante aquellos que un accidente de aviación convirtió en los últimos meses de la vida de Ángel Rama, quien contaba por entonces con cincuenta y siete años de edad, es porque lo considero altamente representativo de la figura del intelectual latinoamericano: dedicado a fondo tanto al trabajo de investigación erudita en archivos y bibliotecas como a la preparación de estudios y prólogos, revisiones y colecciones de libros, organización de mesas, intervención en discusiones, lectura de conferencias y recuperación para nuestra memoria de figuras olvidadas, mal leídas, desconocidas, como la de Simón Rodríguez y el pensamiento político latinoamericano, o redescubridor de un escritor sólo recientemente recuperado como lo fue el tan enigmático como genial colombiano José Antonio Ramos Sucre, así como dedicado a indagar temas de largo alcance, como la literatura latinoamericana en su conjunto, incluido ahora el Caribe. Él mismo representa entonces por antonomasia esa figura del intelectual latinoamericano dedicado a múltiples actividades y comprometido en varias áreas de la intervención pública, y ese intelectual al que su compromiso lo lleva a la persecución por parte del poder, como él mismo lo vivió y lo analizó en sus estudios sobre la literatura latinoamericana y la participación de los intelectuales en el proceso de la vida social, y como lo estudió pormenorizadamente para la “generación crítica” del Uruguay y muy ampliamente para nuestra “ciudad letrada”.

¹⁰ Tomo estos datos de la excelente cronología y prólogo de Sosnowski dedicados a la obra de Rama, XVI.

¹¹ Esta entrevista se reproduce en Moraña 325-43.

No es casual que esta peculiar forma de maduración de la teoría y la crítica literaria en América Latina en la que participa Rama se diera así, no en cómodos recintos académicos, sino en ese espacio simbólico de compromiso que se une por avión entre el viejo y el nuevo mundo, en una ida y vuelta excesivas entre los ámbitos universitarios y extrauniversitarios de Europa y los Estados Unidos (Universidad de Maryland, Beca Guggenheim, reunión de LASA), en un encuentro con estudiosos que se preocupan por la literatura latinoamericana y la apertura de los ámbitos académicos y políticos de nuestras América y que se interesan también por aclimatar nuevos temas de discusión, y esa Caracas donde Rama fundara Biblioteca Ayacucho y para la que estaba diseñando ya una nueva colección de formato popular y amplio tiraje capaz de llegar al gran público estudiantil. No es casual que él mismo viviera el vertiginoso ajuste del reloj latinoamericano con la hora del mundo: un ajuste que se cobró su propia vida.

Es el consabido destino del intelectual de la región, como ya lo anunciaron, vivieron y reflexionaron los propios Martí, Reyes, Henríquez Ureña: esta imposibilidad casi endémica de que el intelectual se pueda concentrar en un ámbito protegido y amparado por un buen sueldo ha sido constante en esta parte del mundo. El hombre de ideas ha tenido que vivir aquí, para bien y para mal, dividido entre muchos trabajos “alimenticios”, comprometido con diversas esferas estratégicas, y dedicado afiebradamente a estudiar y escribir, pero también a difundir, abrir espacios de discusión, inaugurar empresas editoriales. Y esto ha redundado en un mayor sacrificio de su persona y su tiempo, ese vivir “a salto de mata” sin el amparo de instituciones académicas y en siempre difíciles condiciones para la inserción en un ámbito que, como el de la cultura, era visto como sobreideologizado y peligroso. Pero esto implicó a la vez un mayor enriquecimiento de su visión crítica, que va integrando todas estas experiencias intelectuales y anticipando imaginativamente otras.

Obligarnos a hacer un “corte” en la vida de Rama en vísperas de su muerte es permitirnos así observar el panorama del campo intelectual de esos años, en muchos de cuyos ámbitos incidió el propio Rama como autor, como lector, como crítico, como editor, como erudito, como periodista, como militante político, como animador cultural.

La “normalización” de la crítica literaria en la región siguió así una doble vía, académica a la vez que extraacadémica, si se piensa en los itinerarios vitales de grandes críticos como Rama, Candido, Cornejo Polar, Sarlo. Sus encuentros en distintos foros académicos, su participación en revistas y publicaciones colectivas –muchas de ellas fundadas o animadas por los propios críticos–, e incluso los diálogos implícitos, la apelación a ciertos maestros y conceptos base que permiten ir construyendo una tradición (pienso, particularmente, en Pedro Henríquez Ureña y el concepto de “cultura”), así como el horizonte compartido de lecturas y las referencias intertextuales que se hacen en sus respectivas obras, nos permiten ir trazando un espacio de intelección clave para intentar el rastreo de aquello que Pablo Rocca llama muy certeramente “una teoría literaria latinoamericana”.

Así, por ejemplo, a partir de los años sesenta, cuando se da su primer encuentro con Rama, Antonio Candido –quien contaba ya con una sólida formación universitaria de base, una admirable carrera académica y una vasta producción crítica dedicada a la literatura del Brasil– comienza a proyectar su acción a otros ámbitos de la intervención cultural, como lo prueba la publicación en revistas dirigidas por Rama y Cornejo (*Escritura y Revista de*

crítica literaria latinoamericana) y su colaboración en *América Latina en su literatura*, obra auspiciada por la UNESCO.

Por su parte, Rama, quien proviene del periodismo cultural de gran altura, desde la revista *Marcha* de Montevideo, y de una formación de autodidacta, comenzará a partir de los años sesenta, precisamente en el momento de su encuentro con Candido, una nueva etapa de su vida ligada a actividades de corte académico como la docencia, y la progresiva profundización en la reflexión teórica y la crítica de altura que lo llevará a un trabajo de corte académico fuera de la academia. Es precisamente en *Marcha* donde publica, en 1960, “La construcción de una literatura”, obra en la cual se refiere ya a los “momentos decisivos” e incorpora el concepto de “sistema literario” de Candido, para examinar las posibilidades de construcción de una literatura, a la que consideraba una tarea fundamental y el desafío más alto para la responsabilidad cultural: “Mientras que a las grandes creaciones sólo podemos esperarlas y desearlas, y responden a los dones íntimos de los individuos –escribe–, en cambio podemos crear esto: una literatura” (Antelo 23).

Pero la vida accidentada e itinerante de un intelectual como Rama no debe confundirnos y hacernos pensar que la imposibilidad de una adscripción académica estable y de tiempo largo le hubiera impedido contribuir a generar precisamente entonces el que considero el más maduro proyecto intelectual latinoamericano, en una muy poco “normal” normalización académica que se ve compensada por la apertura de un sólido *espacio simbólico de intelección* donde se construye la gran crítica latinoamericana con la integración del Brasil y una paulatina y posterior integración de los Caribes no hispanohablantes, con la elaboración de categorías de análisis tales como, en el caso de Rama, “ciudad letrada”, o con la aclimatación de categorías propuestas por otros intelectuales en otros ámbitos teóricos o geográficos de discusión, como es el caso de la categoría de “transculturación” acuñada por el antropólogo Fernando Ortiz en el ámbito de los estudios sociales, o “sistema”, que Antonio Candido había propuesto para el Brasil.

El encuentro con Candido a partir del concepto de “sistema”, con cuya mención quiero concluir este trabajo, se gesta en la década de los setenta y reaparece precisamente en 1983, en una integración que presagiaba una nueva síntesis teórica por parte de Rama y el lanzamiento de una nueva etapa para la teoría y la crítica literaria en su propia trayectoria y en la de toda América Latina.

De estas tres categorías, la de “transculturación” lo llevó a integrar uno de los grandes aportes críticos de la antropología latinoamericana, que es el concepto planteado por el cubano Fernando Ortiz como superación del concepto de aculturación, tempranamente retomado, como bien observa Mabel Moraña, por Mariano Picón-Salas, y a la vez aplicarlo en su *Transculturación narrativa en América Latina*, que fue pionero en América Latina, en cuanto constituye, como dice Patricia D’Allemand,

una de las más significativas contribuciones al proyecto colectivo de construcción de una crítica latinoamericana autónoma, liberada del peso de esquemas etnocentristas, que despegara en los años setenta. El término, tomado de Fernando Ortiz, replantea el concepto de “aculturación”, que describe el comportamiento del elemento dominado como receptor pasivo de la cultura impuesta por el elemento dominante, en una situación de contacto cultural, mientras que el de transculturación enfatiza el papel activo y creativo involucrado en los proceso de apropiación de discursos por parte de la cultura

dominada, así como su capacidad de irrisistencia y su tenacidad en el mantenimiento y la reelaboración de su identidad.

Su propuesta transculturadora rediseña el mapa cultural latinoamericano, enfatizando su multiplicidad y su densidad y propiciando un rescate para el corpus de las letras modernas continentales, de las literaturas articuladas a las culturas regionales y campesinas, hasta entonces escamoteadas por los modelos críticos dominantes. Su recuperación de la narrativa de Arguedas para la literatura de vanguardia latinoamericana abre el camino para una consideración global del potencial contra-hegemónico de literaturas que, nutridas de las culturas tradicionales, ofrecen vías alternativas de renovación, especialmente americanas, como es el caso de la obra de Gabriel García Márquez, de Augusto Roa Bastos, o del brasileño João Guimarães Rosa.¹²

Otro concepto fundamental, el de “ciudad letrada”, al que se dedica ya en detalle Françoise Perus, fue planteado como la posibilidad de pensar el papel de las élites y estudiarlo como un sistema articulado y complejo, que incluye un nivel más de complejidad en cuanto implica a la vez relación con el *hinterland* y con las condiciones externas de autorización y legitimación. La noción de “ciudad letrada” surge del descubrimiento de que –parafraseando una expresión de Darcy Ribeiro–, en América Latina la emergencia de las élites se da *en lugar de* y no *como consecuencia del* crecimiento armónico de la sociedad. Surge así la propuesta de un giro fundamental en el papel de nuestra inteligencia crítica, esto es, un esfuerzo por repensar el papel de los intelectuales comparándolo con el de las élites tradicionales, que, en lugar de hacer de su competencia una nota de diferenciación social, se abra a nuevos proyectos políticos incluyentes. He aquí uno de los grandes dramas de nuestros mejores intelectuales: cómo poner esa competencia, que fue pensada por el sistema opresor como forma de reproducción de las élites y de confirmación de ese estatus, al servicio del pueblo, y el elemento realmente trágico que esto conlleva (el autoexilio de los círculos del poder sin que ello garantice la acogida por parte de otros sectores de la población).

Incorporó también Rama otros conceptos clave, como el de “función intelectual”, en la obra ya analizada por Rocío Antúnez, y fue particularmente sensible a la necesidad de respetar la complejidad de los fenómenos y determinar diversos puntos de articulación.

Podemos entonces conjeturar que hacia 1983 el pensamiento de Ángel Rama había llegado a un importante momento de síntesis e integración y a un grado de interlocución con otras grandes figuras que lo convertían en uno de los principales representantes de la crítica literaria latinoamericana y que formaban parte de un proyecto que su muerte dejó trunco pero que podemos intentar reconstruir. Anotamos a continuación algunos de los elementos a tomar en cuenta para esa posible tarea:

–La integración de la tradición de análisis histórico y cultural que había madurado a partir de la obra de Mariátegui y Henríquez Ureña, quienes repensan la relación texto-contexto y literatura-cultura y encuentran, a partir de conceptos como los de “valores signo” (Mariátegui) o “configuración cultural” (Henríquez Ureña) un valioso aporte para estudiar los textos en cuanto *insertos* en un espacio simbólico. Quiero insistir en que el

¹² Véase la entrada “Ángel Rama” preparada para el *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, dirigido por José Ramón Medina, pp. 3909 ss., además de su libro arriba mencionado.

aporte de Henríquez Ureña, que tanto eco tuvo en Rama, no sólo consistió en la introducción de la categoría antropológica de cultura para pensar la literatura, sino también –entre muchos otros más– en encontrar modos de articulación para repensar la relación texto-contexto.

–Rama retoma la herencia de los primeros empleos del concepto de cultura y la vincula con un nuevo tratamiento de la misma, ligado al análisis sincrónico y estructural, inspirado en los aportes de la lingüística y el estructuralismo antropológico de Lévi-Strauss, hecho que le permitió encontrar herramientas para pensar la configuración de las obras y su articulación en sistemas mayores. Rama y Candido incorporan, aunque siempre críticamente, el concepto de estructura, como lo hace Candido en el artículo “El paso del dos al tres”, publicado en *Escritura*, la revista dirigida por Rama, donde propone superar las simplificaciones dualistas con la incorporación del componente ideológico que permite explicarlas.

–Integración del esfuerzo por conciliar el análisis textual y el análisis contextual en una nueva y genial síntesis, en la cual, precisamente, se busca superar la dualidad texto-contexto y dejar de ver el texto como documento o reflejo de la vida social, para estudiarlo en su propia inserción en un mundo simbólico que es a la vez social y cultural (véase Darnton). Esto implica rigor en el análisis sociológico a la vez que rigor en el análisis crítico de los textos propiamente dichos: “fidelidad al texto, sensibilidad hacia sus valores artísticos y capacidad de vincular en un diálogo permanente análisis concreto y producción conceptual”, dice Candido, ya que es desde su especificidad y sus propias claves constructivas y de lectura como la obra literaria nos ofrece formas de inteligibilidad del mundo social: la obra es social no porque sea documental sino porque está construida de acuerdo a claves y ritmos de lo social, el elemento social no ingresa a la obra de manera mecánica sino a través de los “vericuetos” de la construcción literaria, que a su vez dota, desde su especificidad, de inteligibilidad al mundo social. De allí que la obra sea contemplada como estructura estructurante.

–La integración de la crítica y la política, o, como dice también Candido, “conciencia política en el sentido más amplio y no partidario de la palabra”. Influencia del marxismo crítico, la teoría de la dependencia, la noción de subdesarrollo, etc., que permiten explicar las asimetrías, la subordinación, el carácter periférico y la compleja articulación de América Latina con el concierto internacional.

–El enriquecimiento de la teoría literaria desde una posición latinoamericanista, que medita en las consecuencias de la dependencia y el subdesarrollo en el ámbito social y cultural, sin por ello dejar de reconocer la jerarquía cultural y artística de los pueblos de América Latina. La marca colonial, la relación asimétrica con los países y culturas hegemónicas, las contradicciones a que da lugar la reproducción en el interior de nuestros países de esas mismas relaciones asimétricas entre la élite y el pueblo, y la consecuente exigencia de tomar en cuenta una mayor cantidad de puntos de articulación, niveles de complejidad y ámbitos de estudio para el análisis: tal el caso del poder y la reproducción de la estructura colonial en los países de América Latina.

–Integración de la tradición crítica hispanoamericana y la brasileña, a la vez que apertura al tratamiento de áreas hasta el momento desatendida, como el Caribe. Muchos son los testimonios del esfuerzo integrador de Rama y la creciente participación de Candido en muchos proyectos de alcance continental.

–Enriquecimiento del estudio de las literaturas nacionales a través de la consideración de procesos locales, regionales y suprarregionales, como lo hace Rama en su *Transculturación narrativa* o en *La ciudad letrada*. Incorporación de las nociones de discurso y heterogeneidad discursiva, provenientes no sólo de Foucault sino sobre todo de la reflexión de Cornejo Polar. Creciente incorporación de la nueva perspectiva de lo simbólico e imaginario.

–Incorporación del estudio del ámbito de la lectura y de las instituciones a la crítica literaria. Si la literatura latinoamericana puede definirse, en lugar de emplear esencialismos vacíos, como “una literatura sin lectores” (Candido), en la cual las élites culturales y artísticas se mantienen separadas de las grandes masas de la población, se hará necesario no sólo entender las razones de la lectura sino también contribuir a generar esa masa crítica de lectores. Una de las formas de superar barreras y tender puentes entre escritores, críticos y lectores, es idear empresas culturales que permitan traducir América en libros y revistas. Así se explica el quijotesco trabajo fundacional de Rama, que retoma la gran tradición de fundación de colecciones, integración de antologías y puesta en marcha de empresas culturales en América Latina.¹³

Considero que la práctica editorial no está de ningún modo desligada de la práctica crítica, y que ocupa un lugar principal en el quehacer de una crítica que se consolidó en buena medida de manera extrainstitucional. Ha sido fundamental su interés por proponer estrategias concretas de ampliación de la masa crítica de lectores a través de la incidencia del trabajo del intelectual en proyectos educativos y editoriales que apunten a una mayor circulación sin pérdida de calidad.

–La recuperación y consolidación de categorías de análisis propios de la gran crítica literaria latinoamericana anterior a su normalización y a su consolidación como sistema. Me refiero a los aportes mariateguianos para pensar la relación entre literatura y sociedad o a los aportes que Reyes y Henríquez Ureña habían hecho en cuanto a la relación literatura-historia-cultura. Al mismo tiempo, la inclusión de debates propios de las ciencias sociales, y particularmente de la antropología y la sociología, cuya importancia en su formación reconoció el propio Rama.

–El planteo de una relación fuerte entre literatura y vida social, a la vez que respeto por la especificidad y aceptación de la organización y la estructura de cada una de las esferas, y también una postura de reconocimiento de las literaturas regionales y de la necesidad de superar la vieja crítica literaria todavía ligada al nacionalismo, a través del rescate de la cultura popular y la oralidad.

–El esfuerzo por consolidar nuevas herramientas de análisis capaces de dar cuenta de la prodigiosa producción literaria que por esos años hacía eclosión en nuestra América, y fortalecer un discurso crítico a la altura de dicha producción. Esto implicaba un

¹³ Recordemos que Rama estuvo ligado al semanario *Marcha* de Montevideo (1959-1968), de cuya sección literaria fue primero codirector y luego director. Fue miembro del consejo de redacción de *Casa de las Américas* hasta 1971, director de la *Revista Iberoamericana de Literatura de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo* (1966-1970), fundador de la valiosa editorial Arca, de Montevideo, cofundador y codirector de *Escritura*, de Caracas y, por supuesto, fundador de la magna Biblioteca Ayacucho que todos conocemos y consultamos como herramienta de trabajo indispensable.

reconocimiento de la necesidad de atender a la especificidad de la obra literaria, la autonomía del campo y la flexibilidad en el establecimiento de tradiciones y genealogías.

–Una recuperación crítica de los aportes de las nuevas corrientes de análisis literario y estético, a la vez que la afirmación de la perspectiva sociológica y el enorme esfuerzo por integrar ambas en una lectura que no resulte reduccionista en uno ni en otro sentido. Así, se da la incorporación de categorías de análisis como la de estructura, y su articulación muy poco ortodoxa con el estudio de otras series de la vida social, cada una de ellas con una autonomía relativa y una organización peculiar, pero al mismo tiempo estableciendo necesariamente relaciones entre ellas.

–Concepción de la literatura como sistema complejo inserto en una discursividad social, en el que cuentan no sólo las obras canónicas sino también otras obras y formas discursivas raramente tomadas en cuenta y que es necesario sacar a la luz. De allí el esfuerzo por integrar distintos niveles discursivos y documentos frecuentemente desatendidos por la crítica tradicional, y muy particularmente los provenientes del ámbito de la cultura popular y las cuestiones del lenguaje.

–Incorporación de la noción de sistema literario y esfuerzo por respetar las notas de complejidad, especificidad, heterogeneidad y apertura al contexto histórico y social.

–Interés por repensar, sin esencialismos ni fundamentalismos trasnochados, los términos en que se puede caracterizar la literatura latinoamericana. Uno de los grandes desafíos para nuestra crítica literaria es lograr estudios ricos y comprehensivos que no dejen nunca de atender a la especificidad del fenómeno literario. Así lo plantea Rama en un texto de 1974, en el que da muestras de su preocupación por:

La demora padecida para montar ese cañamazo mínimo que permita unificar las obras literarias de toda América Latina, construyendo, a partir de él un único discurso global y coherente, que las represente críticamente, como en cambio lo lograron ya los economistas, sociólogos e historiadores para sus respectivas disciplinas. Éstas se han beneficiado de un repertorio de conceptos generales que les permitió superar las fragmentaciones particularizadoras, gracias a la modernidad en que se instituyeron sus métodos, en tanto la literatura no sólo arrastra un aparato crítico que es la suma de su historia milenaria, sino que vive más apegada al evento concreto, privativo y original, que es la obra de arte. (Pizarro 21-22)¹⁴

Las palabras con que Ana Pizarro retoma las reflexiones de Rama para plantear a su vez las tareas de la crítica revisten también gran interés:

¹⁴ Ángel Rama, “Un proceso autonómico: de las literaturas nacionales a la literatura latinoamericana” (1974), citado en Pizarro. Como comenta páginas atrás la propia Pizarro, “La literatura es, sabemos, patrimonio universal y la experiencia estética no conoce fronteras, pero las obras surgen de una determinada cultura y se insertan en el tejido de la sociedad que las ve emerger. Éste es el sentido de nuestra preocupación. Para situarlas y llegar a su comprensión cabal necesitamos observar el sistema donde se insertan y el imaginario social que plasman. Porque “*si la crítica no construye obras, sí construye una literatura*” –es la enseñanza que nos dejó Ángel Rama– y la labor de la crítica historiográfica en América Latina para la literatura es generar conocimientos sobre los modos de funcionamiento y el desarrollo de nuestros sistemas literarios como proceso” (18, énfasis mío).

La construcción de un sistema de referentes teóricos y metodológicos relativos a la especificidad del discurso de nuestra literatura y a su proceso es la tarea de la historiografía literaria –como de la crítica en general– en nuestro continente. Los últimos sesenta años han visto ya la emergencia de un dinamismo importante en este sentido. A pesar de la existencia de algunos trabajos al respecto, este movimiento de reflexión sobre nuestro imaginario deberá ser estudiado y evaluado en su conjunto. Las líneas de trabajo, que han producido en algunos casos excelentes análisis [...] han estado ubicadas en una amplia gama de matices que se extiende entre los polos de consideraciones en torno a la textualidad pura, por una parte, y al discurso sociohistórico por otra. Uno y otros enfoques han tenido mayor o menor vinculación con posiciones críticas surgidas fuera de América Latina y pertenecientes a un patrimonio teórico y crítico general. Lo que nos parece que se ha dado en menor grado es el desarrollo de un aparato crítico que adapte, relativice y cree el instrumental conceptual necesario para montar ese “cañamazo mínimo” que permita construir un discurso global y coherente sobre nuestra literatura. Desde luego que no se trata de dejar de considerar la importancia del aporte crítico foráneo, pero relativizando su posibilidad de explicar los fenómenos propios de la estética de un imaginario surgido en condiciones de desarrollo social y económico dependiente. (Pizarro 22)

–Incorporación del concepto de “sistema”, elemento clave en la consolidación de esta nueva etapa de teoría y crítica literaria latinoamericana. Rama había entablado amistad con Antonio Candido en 1960, durante un encuentro universitario en Montevideo, y a partir de allí ambos tomaron conciencia de la importancia de integrar el estudio de la literatura brasileña y la hispanoamericana: dos tradiciones que hasta el momento se encontraban separadas. Fue también un intenso reconocimiento de dos estilos de hacer crítica literaria: el de Candido, en el marco académico; el de Rama, desde el periodismo cultural de altura, desde las páginas de *Marcha*. A partir de este encuentro reconocen un destino compartido, intercambian experiencias y, mientras que a partir de allí Candido habría de abrirse al mundo académico y extraacadémico hispanoamericano, Rama habría de encontrar una serie de herramientas que contribuyeron a consolidar su propio rumbo teórico.

Por todo ello, el texto que lleva por título “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”, publicado como se dijo en 1983, resulta particularmente significativo.¹⁵ Quien lea los párrafos que dedica Rama a la cuestión del sistema literario descubrirá en ellos no sólo un frío concepto crítico, sino también un testimonio del encuentro simbólico y la reafirmación de un espacio de intelección entre dos grandes corrientes de crítica literaria.

Escribe Rama:

Debe reconocerse a los escritores de la modernización el rango de fundadores de la autonomía literaria latinoamericana, en este nuevo nacimiento de la región. En el mismo tiempo en que surgen las primeras historias de las literaturas nacionales, vinculando el pasado colonial con los años de la independencia y fijando fronteras frecuentemente artificiales con las literaturas de los países vecinos, la intercomunicación y la integración

¹⁵ Este texto se publicó originalmente como prólogo a la colección de *Clásicos Hispanoamericanos, volumen II, Modernismo*, y se reproduce en el volumen que le dedica Biblioteca Ayacucho, *Ángel Rama: la crítica de la cultura en América Latina*.

en el marco literario occidental instauran la novedad de un sistema literario latinoamericano que, aunque débilmente trazado en la época, dependiendo todavía de las pulsiones externas, no haría sino desarrollarse en las décadas posteriores y concluir en el robusto sistema contemporáneo.

Antonio Candido ha distinguido entre “manifestaciones literarias” y una “literatura propiamente dicha” a la que considera un “sistema de obras ligadas por denominadores comunes”, precisando que “estos denominadores son, además de las características internas (lengua, imágenes, temas), ciertos elementos de naturaleza social y psíquica, aunque literalmente organizados, que se manifiestan históricamente y hacen de la literatura un aspecto orgánico de la civilización. Entre ellos se distinguen: la existencia de un conjunto de productores literarios, más o menos conscientes de su papel; un conjunto de receptores, formando los diferentes tipos de públicos, sin los cuales la obra no vive; un mecanismo transmisor (de modo general, una lengua traducida en estilos) que liga unos a otros”.

De conformidad con esas pautas, es en la modernización que se fragua el sistema literario hispanoamericano (aunque se denomine a sí mismo latinoamericano, cosa que no lo será hasta la posterior y muy reciente incorporación de las letras brasileñas) y su aparición testimonia un largo esfuerzo, viejo de medio siglo, a la “búsqueda de nuestra expresión” que por fin conquista una orgullosa y consciente autonomía respecto a las literaturas que le habían dado nacimiento (la española y la portuguesa), pudiendo ahora no sólo rivalizar con ellas en un plano de igualdad, sino además restablecer sin complejos de inferioridad sus vínculos con las letras maternas, propiciando una primera integración de la comunidad literaria de las lenguas hispánicas (87-88)

Si atendemos a estos mismos rasgos, como

- (1) Características internas (lengua, imágenes, temas): una lengua cuidadosa pero no hermética ni para iniciados, resultante de un esfuerzo por abrirse al gran público universitario y al hombre culto de ciudad, particular preocupación por el tema de lo popular, el realismo.
- (2) Existencia de un conjunto de productores literarios, más o menos conscientes de su papel (en este caso, su paulatina toma de conciencia del papel del intelectual en A.L.) y su esfuerzo por poner las aptitudes al servicio de causas amplias.
- (3) Un conjunto de receptores, formando los diferentes tipos de público, sin los cuales la obra no vive: aceptación de la jerarquía de la lectura y los públicos.
- (4) Un mecanismo transmisor (de modo general, una lengua traducida en estilos) que liga unos a otros.
- (5) La “consciente autonomía”, que es también la de esta generación crítica. (87)

En este texto Rama deja testimonio de este fructífero encuentro intelectual entre tradiciones, al incorporar definitivamente la categoría de sistema literario propuesta por Candido a su propio análisis. Al recordar que el crítico brasileño ha distinguido entre la existencia de “manifestaciones literarias” aisladas y la aparición de una “literatura propiamente dicha”, esto es, de un “sistema de obras ligadas por denominadores comunes”, y parafraseando lo dicho por Rama, podemos afirmar que con él, con Candido y Cornejo Polar la crítica literaria latinoamericana pasó de ser un mero conjunto de “manifestaciones críticas” aisladas a un “sistema de obras críticas ligadas por denominadores comunes”. Recordemos una vez más las palabras de Rama: “si la crítica no construye obras, sí construye una literatura”.

A estas alturas de su reflexión, Rama demuestra la aclimatación del concepto de sistema literario acuñado por Candido al ámbito crítico hispanoamericano, hecho que en sí mismo supone, para empezar, la inclusión de la tradición brasileña. Por otra parte, enlaza estas reflexiones con la tradición crítica hispanoamericana particularmente representada por la obra de Henríquez Ureña. Incorpora además conceptos como el de “autonomía”, que tanto peso tendrá en Bourdieu, pero aplicado de manera original a las propias características del campo literario latinoamericano y los procesos de modernización, sólo comprensible a través de un tratamiento histórico. Al referirse a este campo toma entonces en cuenta su obligada doble articulación con instancias internas y externas y, al hacerlo, se acerca implícitamente a un tema de reflexión central en la obra de Cornejo Polar: el tratamiento de la heterogeneidad.

Rama está así reconociendo la existencia de una crítica literaria latinoamericana consciente de su autonomía, capaz de generar una teoría que acompañe la gran eclosión literaria de esos años. Su propio texto es un despliegue de esas posibilidades críticas.

Este “sistema” en el que concurre la práctica crítica de muchos grandes estudiosos, proviene en parte del ámbito académico, y en parte no menos fundamental del ámbito extraacadémico (revistas, concursos, coloquios, conferencias), y cuenta ya con las características internas, los temas, el lenguaje especializado, las categorías de análisis, así como el conjunto de productores, receptores y mecanismos transmisores que confirman su autonomía relativa y su mayoría de edad.

1983, el año de la muerte de Ángel Rama, Marta Traba, Manuel Scorza, Jorge Ibarguengoitia, habría sido un año fundamental para la consolidación de la teoría y la crítica literaria latinoamericana. De allí el lamento, que tan plenamente compartimos, de Antonio Candido. Como bien dice Mabel Moraña, en los años setenta el paradigma histórico estaba siendo desplazado por el paradigma estructural. En muchos recintos académicos la filología y la estilística se veían desplazadas por nuevas orientaciones críticas portadoras de sofisticadas herramientas de análisis como el estructuralismo, la semiótica, el análisis del discurso, a la vez que se combatían conceptos por entonces considerados “gastados” como el de intencionalidad, cultura e historicidad. Mientras tanto, en otro espacio simbólico –predominante– aunque no exclusivamente, extraacadémico, Ángel Rama contribuía a la consolidación de un nuevo sistema crítico latinoamericano y traducía su compromiso de salir de la ciudad letrada a través de una generosa entrega a empresas culturales que su muerte convirtió en nuestra herencia.

Así como en el siglo XVIII la cerrazón del poder obligó a que las ciencias naturales se desarrollaran a través de academias, sociedades científicas y otros canales extraacadémicos, las condiciones de represión política obligaron a que mucho de lo mejor del trabajo intelectual se diera también en ámbitos extrauniversitarios, como lo atestigua la atormentada obra de Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar y tantos otros de nuestros mejores pensadores.

Hoy por hoy, la recuperación de figuras como Bajtin, Auerbach y Said (otros tres exiliados, otros tres fuera de lugar) nos conduce indirectamente a revalorizar lo hecho por Rama: afirmar, desde el exilio y la crítica de la ciudad letrada, la existencia de un sistema literario de envergadura, que sólo al superar sus primeros límites y volverse suprarregional encuentra nuevas soluciones estéticas de alcance universal, y al que se observa con la agudeza, el talento, el rigor y el compromiso crítico con que sólo un Bajtin secreto leía a

Dostoievski, sólo un Auerbach perseguido evocaba a Goethe y sólo un Said extrañado interrogaba a Conrad: la pasión y la nostalgia que todo exiliado siente por su casa: ese hogar simbólico *donde arde el fuego nuestro* y se llama nuestra literatura.

BIBLIOGRAFÍA

- Antelo, Raúl, ed. *Antonio Candido y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: ILLI-Críticas, 2001.
- Cândido, Antônio. *Historia e literatura: homenagem a Antônio Cândido*. Campina: UNICAMP; México: Siglo XXI, 2003.
- _____. *Estruendo y liberación. Ensayos críticos*. Jorge Ruedas de la Serna y Antonio Arnoni Prado, eds. México: Siglo XXI, 2000.
- _____. “La mirada crítica de Ángel Rama”. *Moraña* 287-94.
- _____. *Ensayos y comentarios*. Rodolfo Mata Sandoval y María Teresa Celada, trads. México: FCE; Campinas: UNICAMP, 1995.
- D’Allemand, Patricia. *Hacia una crítica cultural latinoamericana*. Berkeley-Lima: Centro de estudios literarios “Antonio Cornejo Polar”, 2001.
- Darnton, Robert. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. [1984]. Carlos Valdés, trad. México: FCE, 1987.
- Díaz-Caballero, Jesús. “Ángel Rama o la crítica de la transculturación (última entrevista)”. *Moraña*, 325-43.
- Medina, Juan Ramón (director general). *Diccionario enciclopédico de las letras en América Latina (DELAL)*. 3 vol. Caracas: Monte Ávila/ Biblioteca Ayacucho, 1995.
- Moraña, Mabel, ed. *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: ILLI-Críticas, 1997.
- Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 4 vol. Madrid: Alianza, 1995.
- Perus, François. “Aportes de la crítica literaria al estudio de la cultura latinoamericana”. *Latinoamérica, anuario de estudios latinoamericanos* 35 (México, 2003): 81-124.
- Pizarro, Ana, coord. *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: CEAL, 1985.
- Rama, Ángel. *Diario 1974-1983*. Montevideo: Trilce-La Nave Va, 2001.
- _____. “La construcción de una literatura”. *Antelo*, 21-34.
- _____. *La crítica de la cultura en América Latina*. Selección y prólogos de Saúl Sosnowski y Tomás Eloy Martínez, cronología y bibliografía de la Fundación Internacional Ángel Rama. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985.
- _____. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- _____. “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”. *Clásicos Hispanoamericanos*. Volumen II. *Modernismo*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1983.
- Rocca, Pablo. “Notas sobre el diálogo intelectual Rama/Candido”. *Antelo*, 47-67.
- Sosnowski, Saúl (selección, prólogo y notas). *Lectura crítica de la literatura latinoamericana*. 4 vol. Madrid: Alianza Editorial, 1996-1997.